



# Proceso

informativo semanal

Año 28, N° 1255

Agosto 29, 2007

ISSN 0259-9864

*"El problema radical es la lucha de la vida en contra de la muerte": Ignacio Ellacuría*

## Editorial

2

*Jugando a favor de ARENA*

## Político

4

*Los posibles candidatos desde la oposición*

## Económico

7

*La renuncia de Zablah preocupa a la derecha*

## Social

10

*Dean, las lluvias y sus efectos*

## Reporte IUDOP

12

*Democracia y polarización: el problema de la eficiencia*

## Reporte IDHUCA

14

*¿Policía o polizón? reconversión policial ¡ya!*



# Democracia y polarización: el problema de la eficiencia

En el reciente estudio sobre cultura política, realizado por el IUDOP, FUNDAUNGO y el Barómetro de Las Américas (LAPOP) de la Universidad de Vanderbilt, se puede constatar cuál es el nivel de apoyo de los salvadoreños hacia el sistema político democrático, con la ventaja de poder tenerlo en perspectiva comparada con otros países de América Latina.

Según este estudio, El Salvador se ubica en el grupo de países con niveles más altos de apoyo al sistema, situándose debajo de Costa Rica, México, República Dominicana y Jamaica, y posicionándose sobre países como Chile, Colombia, Guatemala, etc. Entre 1995 y 2004 nuestro país ha mostrado un incremento sostenido de apoyo al sistema, aunque entre 2004 y 2006 mostró un significativo descenso. A pesar de dicha caída, la población continúa manifestando un aceptable nivel de apoyo para el sistema. Estos datos contrastan con el alto porcentaje de personas que manifiestan estar descontentas con la situación del país, aunque muy probablemente esto tenga una explicación.

El apoyo a un sistema político está basado en la legitimidad de éste, la cual puede venir por varios factores, uno de los principales es la efectividad de éste para dar respuesta a las demandas de la población. El actual sistema democrático salvadoreño tiene como punto de partida la firma de los Acuerdos de Paz en 1992, siendo el acontecimiento político más importante de la historia reciente de la república salvadoreña. En ese sentido, mucha de su legitimidad está basada en esa coyuntura que permitió a los dos principales actores políticos de esa época establecer un mínimo de acuerdos y cambios que les permitieran adoptar el régimen político contemplado en la Constitución de 1983, como marco de convivencia política para el futuro.

Sin duda, la firma de los Acuerdos de Paz continúa siendo ese gran hecho legitimador, que logró dejar atrás el conflicto bélico que por casi 12 años se sostuvo. Sin embargo, 1992 es sólo el año que representa ese proceso de cambio que se germinó de manera más nutrida y deci-

siva en la década de los 80's, la cual algunos llaman la década perdida, pero que al analizar en retrospectiva nos muestra que fue la gran incubadora de muchos de los cambios que hoy vivimos como legítimos y cotidianos. Entre 1979 y 1992 vivimos tres grandes cambios en el ámbito político: 1) pasamos de gobiernos militares hacia gobiernos civiles y se constituyó una dinámica electoral que hasta el momento no ha sido interrumpida; 2) pasamos de la lucha por el poder a través de la violencia, hacia una lucha a través de las ideas y las elecciones; 3) se aceptó de manera definitiva la coexistencia en el poder con la oposición (esto como rasgo particular de una derecha política que cerró los espacios de poder político a su oposición, a través de la violencia y la censura, durante casi todo el siglo XX).

La Firma de los Acuerdos Paz no es un hecho legitimador sólo por la importancia que tuvo en su momento, sino por la efectividad que dichos acuerdos tuvieron para terminar de una vez por todas con el conflicto armado, permitiendo la convivencia y la competencia pacífica de organizaciones políticas y ciudadanas de distinta ideología. Es decir que los Acuerdos de Paz no son legitimadores *per se*, sino que lo terminan siendo porque fueron efectivos para cumplir sus principales objetivos.

### Más allá de los Acuerdos de Paz

Ahora bien, el problema de la legitimidad y, por lo tanto, del apoyo al sistema democrático, luego de 15 años de firmada la paz, ya no puede sostenerse en esa efectividad de resolver el grave problema político que vivía el país antes de 1992. En la actualidad el sistema democrático debe demostrar que, a través de él, pueden resolverse los graves problemas económicos y sociales que aquejan al país, y que ahora, al no existir conflicto armado, pasan a ser las prioridades a solventar.

Es aquí donde entra la relación entre polarización y eficiencia de la democracia, pues es un dato sostenido por diversos autores e investigaciones, que existe una relación inversamente



proporcional entre polarización y eficiencia de la democracia. Giovanni Sartori quizá sea el autor que más seriamente ha investigado este problema en varios países de Europa, África y un tanto menos en América, pero es contundente al explicar la relación entre estos dos factores.

Sartori es claro al decir que entre más polarización, la eficiencia de las democracias desciende. Dicha conclusión no la establece para un país en específico, sino que la sostiene como una conclusión generalizable luego de rigurosos estudios científicos, que por supuesto, como todo en la ciencia y la vida, puede ser rebatible, aunque tienen la ventaja de partir de la contundencia de años de estudio e investigación.

La polarización de la que habla Sartori es la que se da entre partidos, y específicamente entre partidos de izquierda y derecha, ya que define la polarización como la distancia ideológica entre las élites de los partidos, usualmente representadas en los parlamentos. En El Salvador, la relación entre eficiencia de la democracia y polarización, permite ser comprobada, pues la actual dinámica ARENA-FMLN es reconocida como la polaridad más alta de Latinoamérica y, al mismo tiempo, se observa un importante deterioro en la eficiencia de la democracia para dar respuesta a los principales problemas del país, tal y como lo afirman otros conocedores del tema como Daniel Zovatto y Manuel Alcántara.

Mientras nos posicionamos como los más polarizados en la región, también logramos colocarnos como uno de los países latinoamericanos con la tasa más alta de homicidios, superando en algunos estudios a Colombia. Los homicidios son sólo el delito más brutal y triste de un grave problema de delincuencia y violencia social que vive el país, y que lejos ir disminuyendo y siendo controlado, se escapa cada vez más de las manos de las autoridades. En el mismo sentido, los problemas económicos de crecimiento, redistribución y generación de empleo, parecen tener como única solución práctica la emigración, principalmente hacia los Estados Unidos de América.

Nuestro sistema político no está resolviendo los problemas que ante la opinión pública conti-

núan siendo los más importantes (delincuencia y pobreza, según la encuesta de evaluación de tres años de la administración Saca, realizada por el IUDOP en mayo). Mientras tanto, sus principales actores políticos se enfrascan en una enconada pelea de élites, que no es efectiva para resolver los problemas de su diario vivir. En ese sentido, ese apoyo a la democracia que hasta el momento podemos calificar todavía de estable, tiene ya dentro sí un germen que comienza a desgastar su salud. La enfermedad es el de la ineficiencia, que tiene como uno de sus principales causantes a la polarización cada vez más extrema.

Mientras más nos alejamos de los Acuerdos de Paz, la fuente de legitimación del sistema político actual será la eficiencia que éste demuestre para resolver las principales demandas sociales y económicas de la población. De no hacerlo en la forma y en el tiempo adecuado, el apoyo al sistema comenzará descender sistemáticamente (ya muestra un primer descenso significativo de 2004 a 2006), y con ello los riesgos para la subsistencia de la democracia aumentan. El gran problema es que cualquier cambio debido a la ineficiencia del sistema, muy probablemente no sea para algo nuevo o diferente, como sí lo fue el cambio que se configuró en 1992, pues pasamos a vivir un período democrático que no tiene registro en la historia de la república. Lo más probable es que un cambio a causa del desgaste del sistema, sea en dirección hacia las formas autoritarias que ya tuvimos en el pasado, y que aún conviven en nuestras prácticas sociales e institucionales.

La polarización extrema no es algo menor para el sistema democrático, pues lo hace ineficiente, y en la medida que esa ineficiencia aumenta, el apoyo hacia el sistema disminuye. Allí está un virus incubado dentro del proceso democrático salvadoreño. La vacuna, la solución, está principalmente en las elites políticas, pues son ellas las que definen la polarización. Aunque también están en las elecciones, que de ser conscientemente utilizadas por la población, podrían servir para castigar a aquellos partidos que se prestan para jugar un juego que rinde rédito a las elites, pero no a la ciudadanía.